

## CONFLICTO Y RACIONALIDAD EN EL CAPITALISMO AVANZADO

Bernat Riutort Serra

Univ. Illes Balears, Palma de Mallorca

CLAUS OFFE, *La gestión política*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.

Recientemente se ha publicado en castellano *La gestión política* de Claus Offe. Se trata de una recopilación de artículos preparada por Francisco Colom de acuerdo con el autor. Los artículos analizan críticamente ciertas transformaciones del capitalismo avanzado. Especialmente sugerentes son las relaciones que establece entre el *conflicto político* y los tipos de *racionalidad política* configuradas en las últimas décadas en las sociedades europeo-occidentales.

1. Offe critica, desde la sociología, el discurso que *igual* en el terreno de las normas *lo que es desigual* en el terreno de los hechos, encubriendo la realidad de estos últimos. Este punto de partida le sirve para criticar el paradigma de los grupos de interés y el paradigma de la «lógica de la acción colectiva», aplicados a las relaciones laborales. Ambos, *igualan*, la racionalidad de la acción de los trabajadores a la racionalidad calculística de cualquier grupo de interés y desdibujan lo que, en la formación de la organización e identidad colectiva de los trabajadores, *es desigual*.

Para demostrar esta tesis desarrolla la diferencia entre «dos lógicas de la acción colectiva», la del capital y la del trabajo. La primera se aviene al tratamiento calculístico del grupo de interés, es decir, a una racionalidad monológica e individualista;

la segunda, la excede; se articula formando una identidad colectiva, para lo que requiere una racionalidad dialógica. Al exponer «las lógicas» de las relaciones de producción en el lenguaje de las ciencias sociales más recientes interpreta de manera sugerente las formas y problemas del conflicto social en el capitalismo avanzado.

El conflicto entre el capital y el trabajo es consecuencia del intento de mejorar las posiciones de poder de cada una de las partes. El mejoramiento de una significa el empeoramiento de la otra. La necesidad de asociarse por parte de los trabajadores es la única manera de contrarrestar la situación de partida desfavorable. De reaccionar a los elevados costes de la acción de quienes parten de posiciones inferiores, *superando la estimación individualista* del esfuerzo útil. Para ello es preciso un cambio cualitativo en las reglas del juego que desplace la relación original de poder. Paso que puede lograrse con la *formación de una identidad colectiva* que genera valores solidarios y minimiza los costes de organización y acción. Este proceso requiere la *participación integradora* en el colectivo, aunque el objetivo sea defender intereses. Las organizaciones de los trabajadores no parten de la fijación de intereses *a priori*, éstos se definen dialógicamente en el proceso de su formación. El potencial de sanción por parte de los trabajadores proviene de su capacidad de comunicación, organización y participación colectivas, cuyo último recurso es la huelga. Las paradojas de la acción sindical se enmarcan en los dilemas entre acción es-

tratégica y comunicativa, burocrática y democrática, extensión e identidad.

Los capitalistas parten de una posición de poder superior basada en la propiedad. No tienen razones para cambiar. Cuando se unen para agrupar fuerzas en el conflicto contra los trabajadores, no pierden su base de poder individual y su racionalidad calculística. La definición de los intereses de los empresarios viene dada *a priori* por el interés optimizador de cada uno, es monológica. Las organizaciones empresariales y la acción del empresario individual se atienen a este punto de partida. Los empresarios precisan de recursos y decisiones de la directiva para ir a la acción, pero, el poder sancionador, no depende de la posición colectiva, sino de la de cada propietario que puede despedir, dejar de invertir, etc. Además, en las sociedades capitalistas desarrolladas, el capital tiene una posición privilegiada frente al Estado, el éxito de éste depende de la capacidad de acumulación del capital, de manera que las fallas en la acumulación de capital se transforman en dificultades para el Estado. La fuerza del capital no reside tanto en la acción política de clase organizada como en lo que cada capitalista particular provoca dejando de invertir.

El conflicto entre capital y trabajo tiene lugar *dentro* de las formas políticas establecidas o, *en torno* a las formas políticas establecidas. En el primer caso dominan los juegos de tipo calculístico. En el segundo las ideas de valor —desbordando el marco de la lógica olsoniana. Los sindicatos que se decantan hacia el monologismo y el individualismo se convierten en corporativos, los que optan por el modelo inverso, dialogístico y clasista, se convierten en antisistema, marginándose. Los intentos actuales por redefinir el lugar institucional y las formas de acción de los sindicatos tienen un común denominador:

hacer retroceder los elementos dialógicos de la acción sindical en favor de los monológicos, asimilándolos a los grupos de interés, para ello hay que *desligar la representación de la lucha*. Offe plantea la posibilidad y necesidad de una *forma mixta* de sindicalismo que se mueva en el difícil equilibrio entre las exigencias de ambos lados.

Las recientes transformaciones del capitalismo avanzado han aumentado la división económica y moral de la clase trabajadora. La crisis ha afectado mayormente a los grupos más débiles. Los sistemas de bienestar, la familia y el mercado desvían y recolocan temporalmente estos excedentes de mano de obra en rincones «silenciosos», camuflando la situación de precariedad de grandes colectivos. El paro, pende como espada de Damocles sobre el trabajador en relación directa a su cualificación, siendo interpretado como un fracaso personal, en lugar de como un «defecto» del sistema. Se acentúa la línea de división entre trabajadores del mercado primario, «ganadores», respecto de los trabajadores de los mercados secundarios formados por los grupos precarizados, «perdedores». El trabajo es menos central en la vida del trabajador, en favor de actividades de consumo y formas de vida privatizadas.

2. La forma democrática de representación de intereses globaliza los canales de resolver los conflictos y estimula la participación, lo que, desde el punto de vista sistémico, dificulta la toma de decisiones en las sociedades complejas. A partir de los años sesenta, en ciertos países capitalistas avanzados, se expande *otra* forma de abordar el conflicto social paralela a los mecanismos democráticos, *otra* racionalidad política, la representación de intereses.

El corporativismo es la tendencia a

convertir a los grupos sociales y políticos privados importantes en instituciones de carácter semipúblico o público, confiriéndoles parte de la responsabilidad de la toma de decisiones políticas del Estado y facilitándoles medios para ello, a cambio de participar en la regulación del sistema y de delimitar el tipo y alcance de sus actividades. La producción de política desde el Estado es descargada por la inclusión de la representación de intereses organizados que asume funciones de administración y resolución de los conflictos, presentándose como una solución a ciertos problemas del capitalismo avanzado. Con el desarrollo de la representación funcional se pretende despolitizar los conflictos sociales de las sociedades complejas. El modelo que se pretende es la sociedad organizada y estable en crecimiento. La estrategia se basa en el consenso y la coordinación a largo plazo entre el Estado y los representantes funcionales de la sociedad.

Las teorías pluralistas sobre el capitalismo avanzado fracasan a la hora de explicar el corporativismo; epistemológicamente, captan el fenómeno desde la óptica de los actores, pero carecen de conceptos para dar cuenta de la estructura socio-económica y de la institucionalización política pública de los grupos; prácticamente, aceptan las demandas que vienen de los grupos de manera positiva e intentan responderlas, pero, la crisis de finales de los sesenta impulsó la «reorganización» del «capitalismo organizado» hacia la configuración de la propia demanda, un cambio de la racionalidad política misma.

Los teóricos del corporativismo pretenden que la salida a la crisis del sistema de los años setenta que no puede resolver, ni la vuelta al mercado —puesto que es en parte su causa—, ni el Estado interventor —sobrecargado y en crisis fiscal—, puede encontrarse en la vía comunitario-corporativista;

descentralizando las funciones integradoras del Estado hacia agentes macro que se acomoden mutuamente a la integración sistémica.

Offe sugiere que los supuestos necesarios para que el corporativismo realice el papel que pretenden los teóricos del corporativismo y se convierta en la nueva forma de estructuración del capitalismo avanzado son objetables por diversas razones: *a)* de tipo funcional y *b)* de tipo democrático.

*a)* I. Al aumentar el tamaño aumenta la responsabilidad, tanto porque el espacio externo es en parte internalizado, como porque afecta a terceros no representados y debe aumentar la capacidad de reflexión. II. Se requiere de normas de solidaridad de la agrupación, pero éstas tienden a deteriorarse con la progresiva modernización social. III. Las concesiones en las negociaciones tienen que sostenerse en las agrupaciones que las conciertan, aún cuando no estén de acuerdo con intereses de parte de sus miembros. IV. Debe existir la suficiente confianza entre los afiliados para que ejerzan la responsabilidad intergrupal, de lo contrario, el interés individual lleva a bajarse primero del bote para beneficiarse de la solidaridad. V. Las redes de comunicación entre las organizaciones se vuelven más frágiles al intervenir mayor número de miembros y acontecimientos. VI. Las organizaciones de intereses son diversamente solidarias, tanto respecto a su interior como respecto de otras organizaciones o respecto a terceros, lo que tiende a un intercambio de más por menos. VII. Sólo si el intercambio corporativista ofrece garantías de estabilidad y permanencia puede ofrecer la suficiente confianza para que las organizaciones de intereses apuesten estratégicamente por dicha forma de regulación social global. VIII. Los grandes grupos institucionaliza-

dos tienden a bloquear los programas reformistas universalistas que van más allá de sus intereses inmediatos.

b) La capacidad de sustitución de la representación política democrática por la social-funcional es limitada: I. No puede ofrecer razones morales para conferir legitimidad a la expansión de su forma de representación, sólo puede acudir a razones fácticas de funcionalidad. II. Los canales informales no público de toma de decisiones reducirán el campo de lo público a mera anécdota comprimiendo el campo de libertad de los ciudadanos. III. La desigualdad económica, de hecho, refuerza a los grupos económicos más potentes, lo que tiende a conferirles más fuerza en detrimento de los más débiles, incrementando la desigualdad.

3. La progresiva convergencia de los espacios público y privado en el capitalismo avanzado ha llevado a la politización no convencional de sectores ciudadanos, no encuadrada en los canales democráticos establecidos —aunque los supone—. Buena parte de los temas que emergen como problemas, hasta ahora, correspondían al ámbito privado. Los neoconservadores intentan frenar este proceso redefiniendo el ámbito de la política, reprivatizando los espacios nuevos de publicidad y descargando a la autoridad política de las nuevas responsabilidades que amenazan con desbordarla. Los nuevos movimientos sociales coinciden con los neoconservadores en la sobredimensionalización y burocratización del Estado, pero su respuesta es inversa; buscan politizar la sociedad civil para que ella misma resuelva los nuevos problemas, evitando que caigan bajo la regulación del Estado. El código binario entre público y privado que tiende a decantarse hacia el primero, con el estatismo y, hacia el segundo, con el neoconservadurismo, es redefinido por el desarrollo

del espacio político intermedio entre público y privado que promueven los nuevos movimientos sociales.

Entre los nuevos movimientos destacan el ecologista, el de los derechos humanos —especialmente el feminista—, el pacifista y los grupos alternativos. En estos movimientos los papeles público y privado, instrumental y expresivo, comunitario y organizado, dirigente y dirigido, afiliado y no afiliado, etc., tienden a desdibujarse y a ser móviles. Se presentan, monotématicamente, en forma de amplias alianzas de veto no clasistas contra determinados subproductos perversos de la modernización capitalista, en favor de demandas universalistas o en defensa de particularismos en peligro, careciendo de ideologías globales. La base de los nuevos movimientos sociales es la nueva clase media, sectores de la vieja clase media y grupos de población no implicados directa y permanentemente en las formas capitalistas de producción. En el capitalismo avanzado ya no existe un núcleo en torno a la producción y la relación de clases desde el que interpretar el resto de los acontecimientos.

Los conflictos de nuevo tipo se dan en torno a los efectos de la modernización sobre el mundo de la vida, estando las instituciones que los producen incapacitadas estructuralmente para reflexionar sobre ellos y corregirlos. Los nuevos movimientos sociales no son ni antimodernistas, ni posmodernos; pretenden criticar selectivamente la modernización por sus promesas incumplidas; no rechazan globalmente el sistema, se centran en las limitaciones de éste.

La tendencia futura de estos movimientos dependerá de la base social sobre la que se asientan y de la alianza que tiendan a establecer con otras fuerzas. Ofte añade al universo político tradicional, formado por la derecha y la izquierda, otro

componente, los nuevos movimientos sociales, con lo que el juego entre dos se convierte en un juego de tres; la coalición de dos de ellos aísla al tercero. 1. Una posibilidad es la convergencia de las fuerzas liberal-conservadoras con los nuevos movimientos sociales; en principio nada se opone a que las fuerzas conservadoras se ganen a los sectores de las viejas clases medias con políticas puntuales conservacionistas, con ciertos valores de rechazo a la modernización de ámbitos del mundo de la vida, con localismos tradicionales neopopulistas, etc. 2. Otra posibilidad es la convergencia de la derecha liberal-conservadora y la izquierda tradicional contra los nuevos movimientos sociales que cuestionan el estatus consolidado de la política y plantean problemas y valores que les desbordan, aplicando una estrategia de marginación y represión de los nuevos movimientos e intentando abordar los problemas por vías tecnocráticas. 3. Por último, la convergencia de la izquierda tradicional con los nuevos movimientos sociales se apoya en el núcleo de la nueva clase media que es común a ambos. Las tradicionales organizaciones de la izquierda han de realizar un esfuerzo de sensibilización hacia los nuevos movimientos y hacia los sectores de población periféricos y desarrollar un terreno común de práctica política. Sólo este último caso puede conducir a la hegemonía del nuevo paradigma político sobre el viejo —dominante en los anteriores casos.

4. La nueva racionalidad política que presentan tanto teóricos como movimientos sociales situados en los límites críticos actuales del proyecto modernizador, es teorizada a partir del programa habermasiano de integrar la teoría moral y la reflexión sociológica, si bien Offe parece poner en cuestión la confianza de Habermas en la confluencia progresiva de la moralidad in-

dividual responsable con las «estructuras del mundo de la vida».

La consideración de la tesis de Beck sobre la «sociedad de riesgo» destaca la necesidad de desarrollar semejante programa. El juego de suma positiva —aún con explotación de los trabajadores— del crecimiento capitalista en las sociedades del bienestar, a partir de la crisis y las consecuencias perversas no deseadas de la industrialización, se torna en juego de suma negativa. El perjuicio se generaliza afectando a «ejecutores y víctimas», ya sea porque con el perjuicio de los segundos —marginación creciente— los primeros ya no ganan, como con que el perjuicio acaba afectando a ambos —destrucción del medio—. En semejante configuración los mecanismos del Estado del bienestar son desbordados. La estructura del sistema global deviene más irracional.

La regulación de los nuevos problemas no puede fiarse exclusivamente a la tutela de la política estatal y al mercado. La práctica responsable y moral de los individuos relacionada con sus formas de vida y tradiciones culturales ha de recrear una publicidad diferente, de compromiso colectivo, que pueda afrontar estos problemas. La nueva racionalidad política requiere de una nueva moral pública. La importancia del programa habermasiano en la actualidad tiene aquí su núcleo. La fórmula metafórica de las «ataduras» y los «frenos», o sea, de la «evitación consciente e intencionada de movimientos en falso» es un supuesto necesario del nuevo tipo de racionalidad práctica que representa la ética discursiva. La práctica pertinente a los nuevos problemas no se basa en mitos e idealizaciones sustanciales de filosofía de la historia, sino en procedimientos de comunicación e ilustración colectiva, igualitarios y respetuosos con los demás, que permitan no tanto fijar objetivos finales cuanto evitar las consecuen-

cias negativas antes mencionadas. Se trata de desarrollar el autocontrol práctico y colectivo de las sociedades mediante la racionalidad discursiva.

La izquierda política de los movimientos sociales se presenta con una disposición a «garantizar mínimos, en lugar de realizar máximos», trata de frenar la destrucción del medio ambiente, de garantizar el respeto de los derechos humanos, de establecer acuerdos de desarme, etc. Las regulaciones negativas obtenidas no son *a priori*, resultan de la discursividad práctica que es participativa e implica la responsabilización permanente de los individuos.

Offe intenta relacionar las condiciones del «mundo de la vida» que requiere una ética del discurso universalista, con las categorías sociológicas pertinentes, para localizar el ámbito de convergencia: sugiere que lo podemos hallar en ciertas condiciones institucionales acordes con el procedimiento discursivo. Las instituciones democráticas establecidas en los países europeo-occidentales son necesarias, pero no suficientes para que tales circunstancias favorables se den. Una ética discursiva operativa en las sociedades complejas requiere, además de responsabilización individual, garantías de reciprocidad y la formación de un sentido común civilizado y solidario. Es decir, unas condiciones institucionales asociativas que favorezcan su desarrollo entre la mayoría de la población, y estas condiciones sólo se dan con la formación de *identidades colectivas* que generen *solidaridad* —tan precaria, por otra parte, en las sociedades avanzadas—. Offe, vuelve a proponer una teoría de las asociaciones de solidaridad intermedias que no actúen solamente como grupos de interés particularista, sino que su interacción se proyecte universalísticamente, un espacio de convergencia social entre la moralidad y la eticidad —como ejemplo cita los sindicatos suecos.

Algunas de las *consecuencias políticas prácticas* relevantes que pueden extraerse del análisis de la relación entre el *conflicto* y la *racionalidad política* en el texto de Offe y que, sin duda, inciden en las posiciones de los sujetos políticos que se reclaman herederos de la tradición crítica y emancipatoria, sintéticamente, pueden resumirse:

— En la nueva situación del capitalismo avanzado, las posibilidades que los trabajadores tienen de superar su inferioridad frente al capital, por medio de la formación de una identidad colectiva, son cada vez más costosas. La descomposición de las condiciones estructurales que posibilitan la formación de las identidades colectivas entre los trabajadores, en favor de las que la dificultan, acentúa la corporativización y la individualización de los trabajadores, favoreciendo la conversión de los sindicatos en grupos de intereses. La conciencia que los sindicatos puedan tener de estos procesos es clave para *intentar establecer estrategias de acción «mixtas» que contrarresten la mayor dificultad para desarrollar la acción dialógica formando identidades colectivas, con la necesaria competencia calculística y monológica, sin caer en la corporativización o, en su defecto, refugiarse en el testimonialismo expresivo antisistema*. Por esto, una política sindical unitaria tiene que orientarse hacia la solidaridad salarial entre los diferentes grupos de trabajadores, contraponiéndola a la individualización y corporativización crecientes.

Además, los sindicatos no deben cluise en los temas cuantitativos clásicos de la acción sindical; deben orientar, cada vez más, sus esfuerzos hacia temas cualitativos y al modo de vida fuera del ámbito laboral, especialmente en lo que afecta a los sectores precarizados y en paro, proponiendo e impulsando políticas que intervengan en estos ámbitos.

— La explicación del fenómeno del neocorporativismo requiere la combinación de la teoría de clases con la pluralista. De una parte, los sindicatos no son un grupo de interés asimilable a los otros, ya que mantienen elementos de identidad colectiva y, de otra, en las sociedades avanzadas el conflicto social no se reduce al conflicto de clases. Los intentos de los neoconservadores y socialdemócratas alemanes por desarrollar el corporativismo —si bien por razones diferentes— han ido dirigidos a conseguir la sociedad organizada, con un consenso estratégico estable que mantenga neutralizado el conflicto social, especialmente el sindical, ya que cualitativa y cuantitativamente afecta en mayor medida a las bases del sistema. *El intento del corporativismo-comunitarista de ofrecer una vía de regulación del sistema*, cuando los mecanismos individualistas de mercado y los mecanismos de autoridad y tecnocráticos del Estado interventor fracasan, *tiene interés, pero, no debe hacernos olvidar los problemas que plantea el conflicto de clases*, a la vez que, *en modo alguno ha de significar sobreponer la forma de representación funcional sobre la democrática*, puesto que para ello carece de legitimidad moral e iría en detrimento de la libertad y de los más débiles.

— Los nuevos movimientos sociales aportan un nuevo espacio político, distinto del institucionalizado en el capitalismo avanzado entre derecha e izquierda, una nueva racionalidad política que profundiza la democratización de la vida ciudadana más allá de los límites establecidos por el sistema de representación y que activa potenciales de responsabilidad y solidaridad entre la población, tanto entre contemporáneos como entre generaciones. La

emergencia del «nuevo paradigma» político convierte en un juego de tres el conflicto tradicional entre la derecha y la izquierda que representan al «viejo paradigma» político. La opción de Offe es clara, *desarrollar el nuevo paradigma en sustitución del viejo, puesto que solamente éste tiene capacidad de afrontar los nuevos problemas allá donde el viejo fracasa*, pero, los problemas planteados por la izquierda tradicional permanecen, puesto que el sistema continúa generando desigualdad estructural. La consecuencia es clara, *propone una alianza de la izquierda tradicional con los nuevos movimientos sociales que hagan converger ambas corrientes y permitan conseguir la mayoría frente a las otras posibles alianzas*.

— Los acuciantes problemas aparecidos en el capitalismo avanzado y los rotundos fracasos de la izquierda tradicional en el logro de sus objetivos finales, apuntan a *la necesidad de un cambio de la racionalidad de los objetivos finales hacia una racionalidad de procedimientos y cautelas que evite las consecuencias no deseadas del sistema*. Una tal racionalidad requiere de la participación de la ciudadanía, puesto que los mecanismos del mercado y del Estado han mostrado la incapacidad para resolverlos. La participación significa una mayor responsabilidad pública y una mayor solidaridad de los ciudadanos, para desarrollar las cuales, las asociaciones intermedias pueden ofrecer un ámbito comunitario que las estimule, pero, *las asociaciones intermedias no se han de reducir a grupos de interés, sino que se han de proyectar más allá de ellas, aceptando una racionalidad procedimental universalista que contemple el reconocimiento de la diferencia*.